

VII Congreso Latinoamericano de Investigación Turística (CLAIT)
**"Responsabilidad y ética del turismo para la preservación del patrimonio
natural y cultural"**
Reflexión y análisis sobre las experiencias de turismo en América Latina

Eje temático: Turismo cultural

**REFLEXIONES EN TORNO AL TURISMO CULTURAL: UNA (RE)LECTURA
DE LAS MISIONES JESUÍTICAS-GUARANÍES**

Gabriel Comparato
Instituto de Investigaciones en Turismo (FCE - UNLP)
La Plata, Argentina
gabrielcomparato@gmail.com

Introducción

“¿Debería considerarse «acultural» todo aquel turismo que implica una opción de ocio desvinculada del patrimonio?” se preguntaba hace unos años Senabre López (2007:71). Esta y otras preguntas más son algunas de las que el presente artículo intentará problematizar, tomando punto de referencia la revisión crítica del concepto de turismo cultural. En este sentido se pretende realizar una contribución teórico-práctica producto de una sistematización y análisis bibliográfico y, al mismo tiempo, su confrontación con el primer proyecto-piloto en el marco de los “Itinerarios Culturales” que lleva adelante el Mercosur. Es decir un sistema que constituye tanto para Paraguay, Brasil y Argentina un testimonio excepcional correspondiente a los siglos XVII y XVIII.

En virtud de lo anterior, y en función del recorrido bibliográfico realizado, se considera necesario interpelar la visión normativa y a-crítica que define a esta práctica en función de lo que debería ser o se espera de ella. Para ello, en el trabajo se identificaron una serie de imprecisiones o problemas conceptuales necesarios a revisar y replantear a los efectos de consolidar la actividad, también, como disciplina de estudio. El estudio de caso, de esta manera, abre la posibilidad de retroalimentar e interpelar las categorías conceptuales propuestas desde el plano analítico. Si bien no será exhaustivo en su fundamentación pretende ser disparador de reflexiones y un escenario de nuevas preguntas y re-preguntas.

Palabras clave

Turismo cultural, patrimonio, misiones Jesuíticas-Guaraníes, Mercosur, reflexión crítica

Objetivos

- Analizar críticamente el concepto de turismo cultural.

- Identificar imprecisiones y vaguedades conceptuales vinculadas a esta modalidad turística.
- Confrontar la teoría en función del estudio de caso del Itinerario de las Misiones Jesuíticas Guaraníes.

Metodología

La presente propuesta plantea como metodología de trabajo un abordaje cualitativo en el que se combine de dos grandes formas de trabajo, un sentido deductivo y otro inductivo. Es decir a los efectos de analizar críticamente el concepto de turismo cultural se trabajará en la conformación de un marco teórico a partir de la recolección y análisis de la bibliografía existente sobre el tema. En este sentido se tomará como plataforma principal los proyectos de investigación desarrollados en torno al patrimonio por parte del Instituto de Investigaciones en Turismo (FCE- UNLP). Por otro lado, a partir del estudio de caso seleccionado se pretende inferir y complementar la teoría.

Marco teórico:

A) Deconstruyendo: Los cuatro problemas de los intersticios

Una cosa es hacer turismo y otra muy distinta es reflexionar sobre el mismo. Pero este segundo orden o plano no solo requiere de un esfuerzo de construcción en el sentido acumulativo de su entendimiento sino también de potenciar o incentivar el plano deconstrutivo, capaz de problematizar en torno a categorías y conceptos vigentes y revelar, con ello, sus contradicciones e intersticios. Es desde aquí donde se intentará partir y tomar como referencia dos dimensiones mutuamente interdependientes. Una teórica, que surge de identificar problemáticas conceptuales vislumbradas desde el plano analítico, pero también, abordar la práctica, la "*praxis*". Es este último el que permite interpelar, en un ejercicio de retroalimentación y dialéctica, los usos, costumbres, así como fortalezas y debilidades del plano teórico-analítico.

Si hay un primer factor evidente es que el turismo cultural lejos está de ser una práctica reciente, sino que se trata, en realidad, de una de las tipologías que primero se manifestaron en los desplazamientos occidentales -aunque no con dicha denominación- (Santana, 1998:37). A modo de brindar una primera aproximación se puede afirmar que es aquel que tiene como objetivo disfrutar de bienes culturales tales como el patrimonio histórico, el artístico, arquitectónico, los museos, la gastronomía, entre otros, y que puede involucrar una interacción con diferentes costumbres y poblaciones (Kravets y Camargo, 2008:4). Tresserras (2003:5) especifica que no se trata simplemente de un complemento en la oferta turística sino de un producto en sí mismo. Ello puede conllevar, como tal, a diversificar y agregar valor a las propuestas del destino, desviar visitantes a zonas menos saturadas e incluso contribuir a romper la estacionalidad.

Ahora bien, en función de un recorrido bibliográfico se considera fundamental abordar y replantear algunos puntos fundamentales. Siguiendo el orden

propuesto, una de los primeros aspectos a señalar tiene que ver con el extendido uso de la palabra de turismo cultural dentro de la literatura turística. Probablemente se trate de uno de los conceptos más utilizados dentro de este campo de estudio y disciplinar, pero que, al mismo tiempo, ofrece una vaguedad tal que permite aplicarlo a distintos contextos, prácticas y escenarios muy diferentes, incluso opuestos. Se destaca, en efecto, un primer problema que como concepto o categoría requiere de profundización, su “apellido”.

Parecería en principio que ese adjetivo que acompaña a turismo, ese apellido de “cultural”, intenta demarcar un campo, un área, subsistema o incluso modalidad, o al menos mantener cierta homogeneidad hacia adentro. Lo cierto es que la literatura es diversa, heterogénea y muy abarcativa en este sentido e incluye un universo amplio, adquiriendo un marco polivalente y cambiante. Así como el turismo es dinámico, el concepto de cultura también lo es. Por consiguiente, uno de las primeras dificultades tiene que ver con qué se va a considerar como “cultural”. El hecho es que no solo coexisten culturas dentro de una misma escala territorial- sino que el uso contemporáneo del término incluye elementos tangibles e intangibles muy variados con un gran dinamismo histórico y ligado a una construcción social y política. Para Littrell (1997 citado en Esteban Curiel, 2006:62), por ejemplo, la cultura incluye lo que la gente piensa (actitudes, creencias, ideas y valores); lo que la gente hace (pautas de comportamientos formales); y lo que la gente produce (objetos materiales). Solo a título de ejemplo, si se abordara la temática patrimonial dentro del campo de cultura, se podría vislumbrar el carácter dinámico y cambiante del concepto patrimonio a lo largo del siglo XX, en la medida que su acepción se fue ampliando, incluyendo no solo expresiones del pasado sino también al patrimonio “vivo”, como pueden ser prácticas y costumbres. El crecimiento fue tal que autores como Choay (1992, citada en Troncoso y Almirón, 2005:58) caracterizan a este proceso como de “inflación patrimonial” donde el crecimiento del corpus patrimonial se puede expresar en una triple ampliación: tipológica -inclusión de nuevos tipos de bienes-, cronológica -inclusión de bienes de un pasado cada vez más próximo al presente- y geográfica -inclusión de nuevas áreas geográficas o escalas territoriales-. Prats (1998:64), agregaría que lo que es patrimonio responderá ante una razón formal, es decir los parámetros técnicos, materiales, ubicación, etc., y una razón contextual, es decir aquella que está determinada por las fuerzas e intereses en juego.

El problema que surge, entonces, es que se presenta al turismo como si dicho rotulo de “cultural” explicara algo, como si fuera único o incluso como si el turista cultural se tratase de un perfil homogéneo. Y la realidad muestra que la idea de cultura trasciende la idea de la visita a un museo, al teatro y la asistencia a una galería de arte, y que la mayor parte de turistas consumen en algún momento productos culturales (independientemente si se lo cataloga o no como “turista cultural”) y, además, todo destino turístico ofrece en un grado u otro alguna oferta cultural (independientemente de reconocimiento e institucionalización que tenga) (Bonet Agustí, 2003 citado en Orden Reyes, 2011:28-29). Por otra parte, se podría agregar que el concepto alterna entre coordenadas espaciales y temporales distintas en función de las variables contextuales. No será lo mismo realizar una experiencia de estadía en una comunidad aborígen que ir a al centro urbano de una gran ciudad turística a

realizar compras o escuchar un concierto. Entonces, si el concepto sobrepasa las fronteras de la visión tradicional de cultura asociada durante mucho tiempo al monumentalista de la cultura y del patrimonio. ¿esta categoría nos orienta en torno a un tipo de práctica con ciertas particularidades específicas? ¿presenta como concepto, una utilidad teórica-práctica cuya delimitación contribuye a la explicación de cierto/s fenómeno/s?.

Ligado a lo anterior, entonces, hay un segundo problema que tiene ver con el problema de “alcance” bajo este “rotulo”. Este concepto envuelve distintas tipologías y categorías conceptuales bajo dicha nómima, que pueden ir (en un *continuum* conceptual) de lo rural a lo urbano, de formas contemplativas a activas, de formas sub-alternas a hegemónicas, de bienes tangibles a intangibles, de lo espectacularización del pasado pero también de lo contemporáneo así como también de lo que está institucionalizado de lo que no. En otras palabras, esta supuesta modalidad podría incluir desde un turista que prueba una comida típica en un pueblo, aquel que visita un museo solo porque está lluvioso el clima, aquella persona que prefiere tener un acercamiento más directo con una catástrofe, aquel que busca revivir los lugares que fueron escenarios de películas, pasando por aquella persona que quiere evidenciar un ritual chamánico, el que quiere sacarse una *selfie* en el monumento más reconocido de un país, el que quiere asistir a un evento deportivo o un festival música, aquel que viaja principalmente para hacer compras y shopping, aquel que quiere visitar a un hermano que vive en otro país. ¿Existe la posibilidad de que uno no sea cultural? ¿Qué registro o criterios se va a considerar para delimitar si “X” está dentro del concepto de turismo cultural? ¿por lo que realiza/consume/practica y/o por lo que lo motiva? ¿o a caso el turista que viaja para visitar a su hermano que vive en otra ciudad no tiene las mismas posibilidades de “aprender” de la cultura del lugar que aquel que visita un teatro? Si es que esa es la condición necesaria de esta categoría.

Si hay una modalidad que se ha utilizado para contrastar o plantear como antagónica al turismo cultural es el ecoturismo o el turismo de sol y playa. Solo a modo de ejemplo, para esta última modalidad, uno podría presuponer que la motivación principal tiene que ver con disfrutar de la naturaleza, del sol y del mar pero desde un análisis histórico-político se puede vislumbrar que las motivaciones que hacen que un turista lo practique lo hace un fenómeno que no se puede escindir de la lectura una sociológica y antropológica. A modo de ejemplo, si nos remitiéramos al texto de Bertonecello (2006:319-328), el turista que visitaba Mar del Plata (Argentina) a principios del siglo XX, asociado a un turismo de elite, entre sus motivaciones se podría identificar la idea de “ocio” y el contacto con la naturaleza pero también buscaba la pertenencia y distinción dentro de un grupo social determinado y al mismo tiempo una diferenciación con respecto a otros grupos sociales. Dicho lugar, en otro contexto, como la etapa de “turismo de masas”, adquirió una representatividad diferente, con carga simbólicas y culturales distintas. Esto responde a la complejidad y la dificultad de fragmentar.

El punto es que como concepto, o categoría conceptual, presenta tal vaguedad que como categoría resulta demasiada genérica y que, por tanto, explica poco.

Desde un punto de vista epistemológico evidencia una polisemia, polivalencia tal que le otorga una ventaja polimórfica. Es decir, que se adapte en función del interés y el contexto de aplicación del investigador o del político/gestor, y que como consecuencia puede resultar radicalmente distinta a la de otro. Definir implica, entre otras cosas, especificar límites, y claramente en estos casos son tan amplios o acotados como el autor desee o considere. Claro está que esto conlleva, también, operacionalizaciones muy variadas, no habiendo desde del campo metodológico un consenso sobre la metodología de medición del turismo cultural (Mallor et. al., 2013:270). Es decir, ese problema de alcance, de delimitación, conlleva también un problema de instrumentación.

Ahora bien, también existe un problema que se podría denominar de “imaginario” que responde a la tendencia normativa en concebir esta categoría conceptual. En otras palabras, es común encontrar definiciones cuyos conceptos se basan en lo que se espera que sea, entonces se identifica es común encontrar definiciones que sostienen que es aquella forma que busca la “autenticidad”, la “diversidad”, el “aprendizaje de otras culturas”, etc. Podría suceder que se tome como importante incluir alguna de estas condiciones o variables, el problema es que luego no sería coherente estimar el turismo cultural a partir de la visita a los museos, como si estos fueran el reflejo y respuesta de dichas motivaciones generales. Por otra parte, es común reconocer literatura también afirmaciones que el turismo cultural ofrece grandes oportunidades económicas debido a que posee un gasto medio elevado o que incluso el turista cultural es un turista que busca integrarse con las culturas. El hecho es que podría haber numerosos contrajemplos para cada uno de estas variables o condiciones. El turismo cultural puede potenciar o fomentar la interculturalidad pero también potenciar un proceso de aculturación en curso, por ejemplo. Esto se debe a que su lectura tiene una doble mirada, dialéctica.

Conviene aclarar, también, que aunque en numerosas oportunidades se manifiesten prácticas de turismo cultural ello no implica necesariamente que exista un intercambio y enriquecimiento cultural recíproco entre el sujeto visitante y el anfitrión. Si bien se abre una re-pregunta en torno a qué se denomina “enriquecimiento cultural”, lo cierto es que en principio no es lo mismo una modalidad que tome al destino como un simple escenario en el que satisface los deseos del visitante a otra que involucre interacción entre este y los residentes con una permanencia temporal mayor. Aun así, es conveniente aclarar que de ello también dependen otro tipo de variables que no están relacionadas estrictamente con las tipologías turísticas, que la trascienden, y van más allá de las motivaciones o actividades en el destino.

Como último punto problematizador, y por ello no menor, se plantea también que la práctica de turismo cultural no invalida otras formas. Es decir, la misma persona, en el mismo destino, puede practicar distintas modalidades de turismo, incluso muy distintas una de otra. Una persona en un mismo destino puede estar motivado por modalidades distintas, y puede ser multiconsumidor. De ahí que se identifica, en algunos casos, un problema de un a priori de “exclusión”. Existe una tentación en creer, que el hecho de realizar alguna actividad en ese marco de turismo cultural invalida o anula otras posibilidades. Esto se verifica, como se verá, para el caso de estudio de estudio en cuestión,

en tanto que si bien se trata de un producto enmarcado bajo el turismo cultural, este cobra relevancia, también, por contextualizarse en un espacio de gran biodiversidad y que probablemente ese contexto sea una de las grandes motivaciones de ese denominado “turismo cultural”. Es más, dichas características ambientales tuvieron y tienen una incidencia directa en los procesos culturales que caracterizan a las distintas comunidades (Martín de la Rosa, 2003:158). Existe, en efecto, una relación simbiótica entre estas dos dimensiones.

b) Misiones Jesuíticas Guaraníes: Una interpelación a la teoría

Las misiones jesuíticas guaraníes, también denominadas reducciones o misiones del Paraguay, constituyen un antecedente de gran relevancia para la historia de la región rioplatense. Las mismas se desarrollaron desde el año 1609 hasta 1767, momento de la expulsión de los jesuitas, y constituyen una experiencia histórica, religiosa, sociocultural, económica y territorial excepcional. Se trata, asimismo, de un tema que ha tenido un gran abordaje en la literatura histórica pero al mismo tiempo se ha caracterizado por ser polivalente, llegándose a describir como “original” (Vigliocco, 2007:2), “ejemplar” (Giménez Yeste, 2011:7) “anticolonial” (Zajícová, 1999:155), como una “utopía” (Moro, 2006 citado en Vigliocco, 2007:6) pero también “funcionalmente complementario al sistema colonial” (Koheler, 1978 citado en Páez, 2013:167). Se identifica, en efecto, un tema que durante mucho tiempo se ha caracterizado por un tratamiento pendular, moviéndose desde la detracción hasta la apología.

Se trata de una experiencia que duró un siglo y medio, y que tuvo una trascendencia notoria para la gran mayoría de los países que hoy integran el bloque Mercosur. Dicha importancia no se remite a cuestiones político-económicas, sino también por motivos sociales y culturales en simbiosis con el contexto natural. Aunque, claro está, se trata de un legado, un testimonio, pero que cuya lectura convive con ciertos dilemas, sobre todo de desarrollo social y humano.

En lo que respecta a la distribución espacial de las 30 misiones que tuvieron lugar, la mayoría se localizan en un territorio dividido en tres fajas casi paralelas con orientación nordeste-sudoeste. Argentina es el país de mayor concentración (con un total de 15, estando la mayoría -11- en la provincia de Misiones), siguiéndole, en orden, Paraguay (8) y Brasil (con 7 respectivamente) - aunque no todas siguen en pie o son posibles de ser visitadas-. Si consideramos lo que constituye el soporte físico y geográfico, se trata de una región atravesada por numerosos ríos y arroyos, en el marco de una densa vegetación, por lo que la caracterizan altas temperaturas y precipitaciones al igual que una gran biodiversidad. A modo general, la localización de las misiones se da en puntos con gran valor paisajístico, en zonas que están elevadas por alguna meseta con amplio horizonte. Es decir, la elección del emplazamiento era estudiado teniendo en cuenta clima, fertilidad del suelo, ventajas de defensa y vigilancia, un buen drenaje de las lluvias

los preexistentes en un *continuum* (IPHAN y otros, 2009:7-8).

Ahora bien, si se pretende caracterizar su uso turístico, se podría afirmar que se trata de un producto -a partir de un conjunto de atractivos- que en principio se asocia a lo que diversos autores consideran turismo cultural. Mas precisamente desde su inscripción a la Lista de Patrimonio Mundial por la UNESCO (1983,1984 y 1993) estuvo fuertemente asociado a una visión monumentalista y arquitectónica del patrimonio sobre todo en lo que refiere a su comunicación patrimonial. De hecho, en las declaraciones de valor universal excepcional de los sitios se destacan justamente la excepcionalidad que poseen los conjuntos arquitectónicos a partir de la combinación de estilos y prácticas europeas traídas por los jesuitas y otras como las de los guaraníes.

Desde un punto de vista crítico, la praxis ha demostrado que la forma de comercialización anclada en la visión monumental no ha sido la adecuada a los efectos de considerar una gestión más abarcativa de los valores patrimoniales y los atributos territoriales. En este sentido, existe consenso en acentuar y destacar que a pese a tratarse de un bien con un gran valor histórico y que presenta grandes atributos de atraktividad, todavía tiene mucho para dar en términos de desarrollo local y de desenvolvimiento turístico (Vilmar Satur, 2000:13; Silveira Alves, 2007: 12; Bittencourt y Veroneze Stigliano, 2011:1390). Por otra parte, y si bien las Misiones Jesuíticas Guaraníes son catalogadas desde la esfera pública como producto turístico, esto ha tenido un mayor grado de debate y puesto en discusión desde el ámbito académico-investigativo (Del Rio, 2007:61; Nogueira y Burkhard, 2008:10). Se podría señalar, en términos técnicos, que este producto turístico pese a sus avances y reconocimientos institucionales, todavía permanece con una apuesta fuerte en sus ventajas comparativas relacionadas con su dotación de recursos patrimoniales. Pero, en vistas a desarrollar mayor niveles de satisfacción para el cliente, un desarrollo ordenado, inclusivo y sostenible, ello no es suficiente. A ello, se le agrega una variable fundamental que está relacionada con la generación de espacios y condiciones participativas con las comunidades locales. Entendiendo, en este sentido, que el desarrollo solo será posible y sustentable en la medida que las comunidades locales tengan una participación directa en la gestión y en la toma de decisiones.

Por una parte, se observa -dentro de la misma idea de turismo cultural- un desafío de reconceptualizar el territorio turístico en virtud de propiciar nuevas formas de turismo, a distintas escalas, a partir de un gran desafío socio territorial: diversificar la matriz económica-productiva (que históricamente se basó principalmente en el sector primario, agudizado por la sojización) incorporando y poniendo en valor el carácter multicultural como estrategia de inclusión social. Es decir, el turismo no solamente como fuente de ingresos sino de promoción de nuevas prácticas de uso los recursos, en sintonía con los intereses de conservación ambientales y protección de las comunidades originarias. Empezar este gran desafío, implica, como tal, no solo ampliar la oferta sino promover nuevas formas de hacer turismo, promoviendo la microescala, desarrollo endógeno y participativo de las distintas comunidades que habitan el territorio (si así lo quisieran). En otras palabras, ya no solo se trata de agregar valor a la comercialización turística sino buscar un

entendimiento ampliado de la cultura y de nuevos estilos de desarrollo, donde el local no tenga un rol subsidiario abocado a la venta de artesanías, por ejemplo, sino un rol activo en la comunicación patrimonial, en el ofrecimiento de alojamiento, así como de saberes y prácticas gastronómicas autóctonas, entre otras muchas alternativas posibles.

Desde una articulación teórico práctica se podría agregar, también, que si bien se puede vislumbrar que durante los últimos años se ha intentado trabajar sobre la diversificación de la oferta turística así como la potenciación de las economías regionales, lo que sobresale, es la necesidad de profundizar la integración entre modalidades turísticas a partir de las potencialidades socioculturales y ambientales del territorio (problema de “exclusión”). En otras palabras, ya no se trata de promocionar el turismo cultural, sino de promover formas más específicas, con lógicas y dinámicas que sean acordes a una gestión sustentable multidimensional. Lo interesante del análisis es que probablemente sean esas valoraciones ecológicas-ambientales, asociadas a la biodiversidad y paisajístico, una de las grandes motivaciones de ese denominado “turismo cultural

Puesto en otros términos el turismo cultural es una macro-modalidad que resulta insuficiente para describir y comprender este sistema. Pero no se trata solamente de un problema analítico sino también político, entendiendo la necesidad de potenciar distintas modalidades más específicas, acordes a los entornos particulares y diferenciales. En este sentido, los atributos territoriales permitirían mutar, según el caso, desde la creación de experiencias genéricas de promoción y divulgación de los valores patrimoniales, así como también la creación de productos específicos para segmentos de turistas con demandas especiales, como por ejemplo el turismo religioso y de peregrinación o de turismo rural con base comunitaria, como por ejemplo guaraní. Al mismo tiempo, las características paisajísticas asociados con el clima sub-tropical, una gran cubierta vegetal, abundancia de recursos hídricos, y una importante biodiversidad en el territorio, le permiten agregar valor a los sitios estrictamente culturales y, al mismo tiempo, le otorgan una gran aptitud de complementación de dichos productos con formas de turismo más asociadas a la naturaleza como es el caso del ecoturismo. Planteado de esta manera, las formas de turismo que tienen como objeto principal la observación y apreciación de la naturaleza pueden, incluso, formar parte del mismo producto turístico, no como aspectos separados. Al mismo tiempo, se destaca como potencialidad el uso turístico del patrimonio intangible, asociado a comidas típicas, danzas, tradiciones, rituales o música. No solo a los efectos de diversificación y complementación de la oferta turística, sino también a los fines de generar experiencias multisensoriales, fomentando la diferenciación con respecto a otros destinos. El mate, el chipá, los coros, las artesanías guaraníes sumado a un gran número de prácticas/ tradiciones traídas y adaptadas en los procesos de inmigración, pueden ser grandes promotores culturales y, al mismo tiempo, atractores de turismo.

En otras palabras, resulta prioritario proteger los ambientes naturales a partir de formas turísticas que promuevan su puesta en valor y la educación ambiental –ecoturismo-, así como también modalidades como lo es el turismo

rural, turismo comunitario o turismo indígena que permiten promover formas genuinas de creación de empleo, incluyendo a la mujer. Esto permitiría no solo agregar valor, aumentar el pernocte o ser una herramienta de inclusión social sino también para contribuir a disminuir la estacionalidad de la demanda, hoy asociada a las vacaciones estivales e invernales así como también los fines de semana largos.

Asimismo el turismo adquiere mayor notoriedad desde un punto de vista estratégico por tratarse de una región que históricamente estuvo ligada a una matriz económica con fuerte énfasis en productos primarios, desatancándose la industria alimenticia y maderera. Es decir, un territorio que tiene a la actividad agropecuaria como principal actividad económica y que desde los '90 viene enfrentando constantes crisis y vaivenes en función de los cambios del sector, y que puede encontrar en la actividad turística oportunidades de complementación productiva y recursos para enfrentar algunas problemáticas ambientales -degradación del suelo, usos intensivos de cultivos, contaminación, procesos de agradación en los ríos, entre otros - (Nogueira, 1999:6). En esta línea, Silveira Alves (2007:34-36) sostiene que el crecimiento del turismo en lo que va del siglo XXI le dio una fuerte inversión para la mejora de los equipamientos en vista a revertir el cuadro a la carencia asociado al énfasis en el monocultivo. No obstante, este autor agrega que la región brasilera, por ejemplo, presenta un cuadro de empobrecimiento de la población, producto de matrices económicas históricamente inadecuadas para la elevación de la calidad de vida de los misioneros y que ahora presenta el desafío de combatir el crecimiento en demasía del sembrado de soja y a la mecanización, en tanto que amenaza con contribuir al desempleo o a una mayor presencia de una importante economía informal, sumado a los déficits de servicios públicos. A este contexto de "agriculturalización" hay que sumarle el hecho de que algunas poblaciones guaraníes han tenido que localizarse en los espacios periurbanos de varias de estas ciudades de la región. Esto, en efecto, ha provocado que las generaciones más jóvenes vayan perdiendo hábitos, costumbres y prácticas propias de sus elementos identitarios y se establezcan como población sedentaria y asalariada. Se produce también la expulsión -directa e indirecta- de comunidades guaraníes y despojo de tierras para beneficiar un cierto tipo de agroindustria, la de la soja (CRESPIAL, 2013: 14).

Por otra parte, autores como Silveira Alves (2007:36) sostienen que otro de los grandes problemas de las misiones continúa siendo en relación a la demanda, no solo por la baja tasa de pernocte sino por la concentración de las mismas en pocas ciudades como Santo Ângelo y São Miguel para el caso de Brasil, Encarnación para Paraguay y Posadas e Iguazú para Argentina. A pesar de todo, también siguen enfrentando un gran reto que es la inclusión de las poblaciones guaraníes que hoy habitan ese territorio. Estos autores destacan que viven esparcidos por el suelo de pequeñas donaciones de los pobladores y visitantes en el exterior del predio del museo. En condiciones de subsistencia, madres e hijos realizan pequeñas ventas (Bittencourt y Veroneze Stigliano, Ob. Cit.:1404).

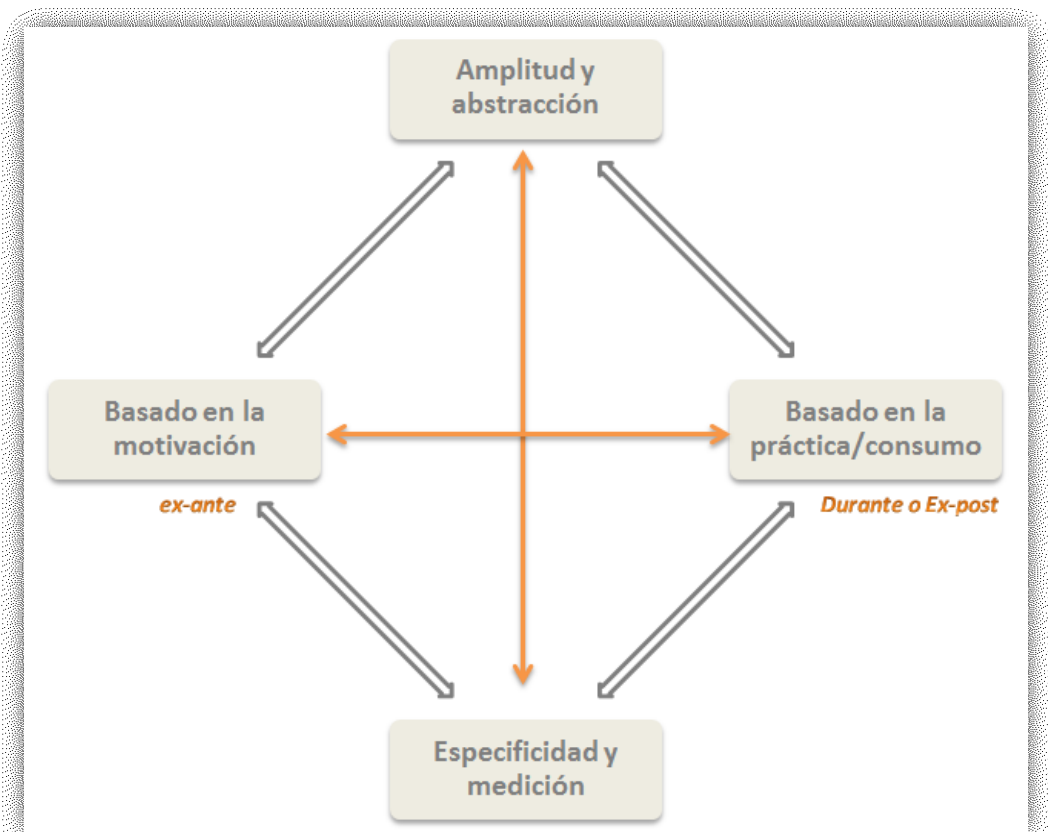
En otro orden de variables, este testimonio pone en evidencia, también, que se

trata de un caso en donde no está tan claro que “el turista cultural” busca la diversidad, aprender o favorecer el intercambio cultural, o produzca grandes beneficios para las localidades que alojan los sitios patrimonio de la humanidad sino al menos un caso con matices y contrastes. Si bien es cierto que promueve la puesta en valor de ciertos valores patrimoniales, se mantiene una clara relación asimétrica en la estructura económica de la actividad turística donde, como se dijo, gran parte de los pobladores locales ocupan un rol limitado o subsidiario en la actividad. Cubas (2006:25) en este punto señala que uno de los indicadores que dan cuenta del escaso aporte del turismo a la economía local es el porcentaje de mano de obra empleada en el sector. Por otra parte, si bien es cierto que el turismo se ha incrementado, también se hizo creciente la concentración de la misma en ciertos destinos y corredores, como lo es Iguazú-Posadas, originando bajos niveles de pernoctaciones en las localidades que alojan los sitios patrimonio mundial. Hay, en efecto, un problema de distribución.

Resultados abiertos

Luego de problematizar en relación a varios puntos que giran en torno al concepto de turismo cultural se consideró importante realizar un aporte a modo de cierre. El mismo surge de un ejercicio de sistematización bibliográfica, adaptando el modelo de Richards (2003 citado en Esteban Curiel, 2006:62) así como aportes tales como los de Arrom Munar (2010:21-32). El objetivo es identificar algunas coordenadas y avenidas por donde generalmente el uso del concepto de “turismo cultural” fluctúa y brindar un resumen que pueda constituir un punto de partida de diversas investigaciones. Cabe señalar que no es la intención de la misma adquirir una visión estática sino más bien flexible donde dichas coordenadas en determinadas oportunidades se combinan las una a las otras y son interdependientes. A modo de ejemplo ciertas definiciones establecen más de una coordenada de análisis. Es decir, constituye una guía y no, en absoluto, un categórico.

Imagen II: Ejes del turismo cultural



Fuente: elaboración propia

Tal como se puede observar en el gráfico, gran parte de las definiciones de turismo cultural se localizan en cuadrantes que se pueden resumir en cuatro ejes cardinales. Por un lado, en el eje "Y" es común encontrar variaciones conceptuales que mutan desde definiciones amplias, incluyentes, asociadas a una búsqueda de utilidad o comprensión analítica a otras más operativas. Por su parte, estas últimas están asociadas a autores que búsqueda una utilidad instrumental, en la medida que la definición se constituya como base, también, para medir o estimar dicho fenómeno y tomar decisiones respecto de ello. Claro está que dicho eje es un *continuum* y se pueden identificar combinaciones de ambos. Por otro, en el eje "X" se manifiesta el problema de cómo considerar o cómo delimitar al turismo o al turista cultural. La pregunta que gira en torno a este eje es entonces, si se lo va a realizar en base a las motivaciones, deseos o necesidades, pudiendo diferenciar entre principales y secundarias, a otras que se basan estrictamente en el acto en sí. Es decir, en el primer caso la definición toma como referencia el momento *ex-ante*, lo que motiva al turista a desplazarse, mientras que en la segunda el criterio se basa en las prácticas que dicho turista realiza durante su viaje (independiente si fue una motivación principal o un aspecto deliberado y planificado del turista). Esta última se la ha denominada como basada en la oferta, y toma como punto de partida la estructura de los productos culturales que el destino comercializa y, a diferencia del anterior, se estimará el turismo cultural en base a la visita/consumo/práctica de determinados sitios –teatros, cines, monumentos, etc.-.

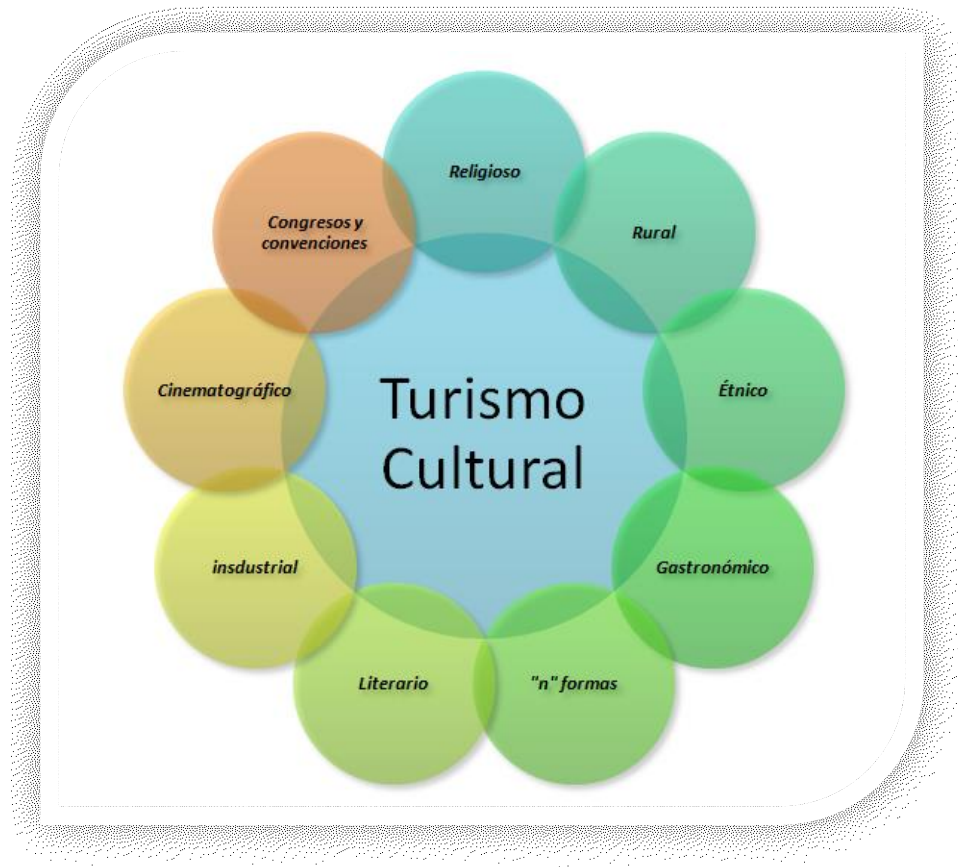
Otro aspecto a concluir a modo de resumen es que el turismo cultural, en toda

su complejidad, no solo intervienen aspectos psicológicos y socioculturales relacionados a las motivaciones del turista, o aspectos de relacionados a la oferta, sino también otra variable fundamental, la mediación. Esta, como tal puede ser una persona, un documento, un video y muchas otras posibilidades más pero es donde intervienen sobre todo los aspectos políticos y normativos del “discurso”. Ya no se trata solamente de las razones que llevan a una persona a desplazarse a un lugar o incluso qué sitios decide visitar, sino cómo realiza, vive o practica esas experiencias. Es aquí es donde se identifica el carácter selectivo/inventivo del patrimonio así como también los roles de los agentes locales y las variables de comunicación. En otras palabras, se incluye un aspecto clave y es quienes y de qué manera asumen el rol de “comunicadores” culturales, las practicas legitimadas en él y el rol político del discurso propuesto. Resulta, en efecto, un aspecto clave en el relacionamiento entre ese turista y esa “otredad” y en la construcción de imaginarios. Se debe tener en cuenta, además, que a diferencia de lo que sugiere la tradición normativa, el turista cultural no necesariamente adquiere un carácter de “esponja” o pasivo en relación a la cultura del “otro”, sino que es también un actor participe y activo que actúa en mayor o menor medida en la transformación de ciertas tradiciones y en la valorización diferencial que sea hacen de las mismas.

En virtud de lo anterior, no se puede dejar de mencionar la teoría de la reproducción cultural que señala que los bienes reunidos en la historia por cada sociedad no pertenecen -o están disponibles- realmente a todos-aunque formalmente pueda parecerlo-. Esta diversa capacidad de relacionarse con el patrimonio se origina, en un principio, en la desigual participación de los grupos sociales en su formación e identificación con esos referentes simbólicos. Existe, en efecto, una jerarquía de capitales culturales. Unos valen más que otros, por lo que muchas veces los grupos subalternos tienen un lugar subordinado, secundario. Es decir, si bien el patrimonio puede servir para unificar, su apropiación exige estudiarlo en una lucha material y simbólica entre clases, etnias y grupos (García Canclini, 1999).

Finalmente, se puede concluir que el concepto constituye usualmente un “paragua” conceptual y que su análisis posee, generalmente, un bajo rigor explicativo, permitiéndole adquirir esa ventaja polimórfica que previamente se planteó. Se podría agregar que como macroconcepto se corre el riesgo de no considerar la micropolítica imbricada en las prácticas culturales diferenciales. Para ello, se concluye que es preciso que los análisis tiendan a considerar no solo modalidades más específicas, que orienten mejor en relación a las especificidades sino también a las particularidades territoriales, con sus actores, sus características contextuales pero también históricas. En este proceso intervienen otros aspectos que hacen de este objeto de estudio un proceso complejo.

Imagen III: “n” formas de turismo cultural



Fuente: elaboración propia

Conclusiones

Si hay algo que se intentó fue identificar algunos problemas o al menos salvedades conceptuales a considerar al momento de abordar el concepto de turismo cultural. En este sentido, se describió el problema de "apellido", de "alcance", de "instrumentación", de "imaginario" y de "exclusión" con el que usualmente se encuentra este concepto. Para consolidar un escenario técnico investigativo es preciso no circunscribir el análisis con la idea de construcción en el sentido acumulativo de su entendimiento sino también de potenciar o incentivar el plano deconstructivo, capaz de problematizar en torno a categorías y conceptos vigentes y revelar, con ello, sus contradicciones e intersticios. Se requiere por tanto, de una lectura crítica que progresivamente permita dotar a este concepto o categoría, un valor heurístico o al menos más riguroso del objeto de estudio que se trate.

En lo que refiere al caso en cuestión son diversas las conclusiones que se pueden extraer pero que se pueden resumir en tres interpelaciones. Por un lado, una de las principales es que, como caso de estudio, interpela la idea misma del concepto clásico de turismo cultural. En este sentido, por sus características podría ser catalogado bajo dicha nomina pero sin duda, este cobra relevancia, también, por contextualizarse en un espacio de gran biodiversidad. Es más, dichas características ambientales tuvieron y tienen una incidencia directa en los procesos culturales que caracterizan a las distintas

comunidades que habitan el territorio (Martín de la Rosa, 2003:158) y es quizás una las motivaciones principales de este llamado “turismo cultural”. Existe, en efecto, una relación dialéctica y simbiótica entre estas dos dimensiones.

Por otro, el caso en cuestión interpela la visión normativa de que el turismo cultural genera altos ingresos para el destino o el perfil que lo práctica es consiente del entorno, busca la autenticidad, el intercambio entre culturas, etc. Si bien no se profundizó demasiado en este punto, y se considera que existe matices y contrastes, podría identificarse un común denominador en el que las comunidades locales que dan lugar a los sitios patrimonio de la humanidad no tienen un rol protagónico en el proceso de comunicación patrimonial o en el desarrollo económico que se dan en ellos. Persiste, todavía, un problema asociado a un modelo desarrollo de enclave económico, con bajos niveles de pernoctación en dichas ciudades, con empleos informales y con bajos niveles de efecto multiplicador de la actividad turística. De ahí que se enuncie, también, que la idea de desarrollo no dependa necesariamente del grupo o segmento de la demanda, sino de la gestión y la mediación que se haga de eso llamado “turismo cultural”.

Por último, el estudio de caso puso en evidencia, también, la necesidad de potenciar formas específicas de turismo cultural acordes a las particularidades que se busque desarrollar o impulsar. Esto lleva a pensar la convivencia de multiplicidad de formas, entre las que se destacan el ecoturismo, el turismo indígena, el turismo gastronómico, el turismo religioso dentro de un mismo espacio, gestando la propuesta de una visión compleja en torno al turismo cultural. Diversidad que se plantea, no solo para buscar un mayor desarrollo económico, sino también difundir y poner en valor otros saberes y prácticas culturales, asociados a la multiculturalidad y enfrentar la dependencia histórica de la región con cultivos primarios de bajo valor agregado. Persiste, en efecto, un desafío de integración social, cultural y político de los agentes locales.

Bibliografía básica

ARROM MUNAR, J. M. (2010). “El turismo cultural en Mallorca: recursos, productos y potencialidades”; Memoria de Investigación; Universitat de les Illes Balears; pp. 1-179.

BERTONCELLO, R. (2006). “Turismo, territorio y sociedad. El 'mapa turístico de la Argentina’”; *en publicación: América Latina: cidade, campo e turismo*. Amalia Inés Geraiges de Lemos, Mónica Arroyo, María Laura Silveira. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, San Pablo; pp.317-335.

BITTENCOURT, P. A. C. y VERONEZE STIGLIANO, B. (2011). “Misiones Jesuíticas – Guaraníes en Brasil. Un análisis de la interpretación patrimonial”; *Estudios y Perspectivas en Turismo; Volumen 20*; CIET; Buenos Aires; pp 1389-1407.

CUBAS, Silvia Raquel (2006). "Desarrollo turístico local en el municipio de San Ignacio. Análisis desde una perspectiva social"; Monografía de Grado de la Lic. en Turismo; Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales; UNaM; Argentina; pp. 1-103.

DEL RIO, P. (2007). "Patrimonio, Turismo Cultural y Calidad de Vida en el marco del Desarrollo Sustentable. Un caso de estudio: Reducción Jesuítica Santos Mártires del Japón. Sistema Jesuítico Guaraní. Provincia de Misiones, Argentina"; *Ciencias Sociales Online, Julio, Vol. IV, No. 2*; Universidad de Viña del Mar – Chile; pp 54-66.

ESTEBAN CURIEL, J. (2006). "La demanda del turismo cultural y su vinculación con el medio ambiente urbano: los casos de Madrid y Valencia"; Tesis doctoral; Facultad De Ciencias Políticas Y Sociología; Universidad Complutense de Madrid; Madrid; pp. 1-505.

GARCÍA CANCLINI, N. (1999). "Los usos sociales del Patrimonio Cultural". En Patrimonio Etnológico. Nuevas perspectivas de estudio: Encarnación Aguilar (ed.), Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Granada. PP 16-33.

KRAVETS, I. y CAMARGO, P. (2008). "La importancia del turismo cultural en la construcción de la identidad nacional"; *Cultur – Revista de Cultura e Turismo; ano 02; N° 02*; Julio; Brasil; pp 1-16.

LEAL GONZÁLEZ, N. (2008). "Patrimonio cultural indígena y su reconocimiento institucional"; *Opción, vol. 24, núm. 56, mayo-agosto*; Universidad del Zulia, Venezuela; pp 28-43.

MALDONADO, C. (2006). *Turismo y comunidades indígenas: Impactos, pautas para autoevaluación y códigos de conducta*; Documento de trabajo núm. 79; Serie Red de Turismo Comunitario para América Latina; International Labour Office; Ginebra; pp i-100.

MALLOR, E. et. al. (2013). "¿Qué es y cómo se mide el Turismo Cultural? Un estudio longitudinal con series temporales para el caso Español"; *Revista de Turismo y Patrimonio Cultural, PASOS; Vol. 11 N.º 2*; pp. 269-284.

MARTIN DE LA ROSA, B. (2003). "Nuevos turistas en busca de un nuevo producto: El patrimonio cultural"; *Revista PASOS; Vol. 1; N°2*; pp 155-160.

ORDEN REYES, C. (2011). "La satisfacción del turista cultural enológico: causas y efectos"; *Memoria para optar al grado de doctora*; Departamento de Dirección de Empresas y Marketing; Universidad de Huelva; pp. 1-438

PÁEZ, S. L. A. (2013). Las reducciones jesuíticas-guaraníes como antecedente de organización espacial en la región misionera"; *Contribuciones Científicas GÆA | Vol. 25*; Argentina. PP 165-173

PRATS, L. (2003). "Patrimonio + turismo = ¿desarrollo?"; *PASOS Revista de Turismo y Patrimonio Cultural, Vol. 1 N° 2*; España. PP 127-136

SANTANA, A. (1998). "Patrimonio cultural y turismo: reflexiones y dudas de un anfitrión"; *Revista Ciencia y Mar*; N°6; pp 37-41.

SENABRE LÓPEZ, D. (2007). ¿Es cultura el «turismo cultural»?; *Foro de Educación*, N° 9; pp. 71-79.

SILVEIRA ALVES, C. A. (2007). "O caminho das missões e seus Peregrinos: Nova modalidade de produto turístico na Região das Missões"; Tesis en Mestrado em Ciências Sociais; Programa de Pós-graduação em Ciências Sociais; Pontifícia Universidade Católica do Rio Grande Do Sul; Porto Alegre; pp 1-181.

TRONCOSO C. y A. ALMIRÓN (2005). "Turismo y patrimonio. Hacia una relectura de sus relaciones". *Aportes y Transferencias*, Año 9, Volumen 1, *Centro de Investigaciones Turísticas*, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina; pp 57-74.

VALLEJO, M. (2003). "La identidad cultural, el turismo y la recreación"; monografía de graduación; Facultad de Cs. Económicas y Sociales; Universidad Nacional de Mar del Plata; pp 1-105.

VELASCO GONZÁLEZ, M. (2009). "Gestión turística del patrimonio cultural: enfoques para un desarrollo sostenible del turismo cultural"; *Cuadernos de Turismo*, n° 23; ISSN: 1139-7861; Universidad de Murcia, España. pp 237-253

VIGLIOCCO, M. Á. (2007). "El planeamiento en las misiones jesuíticas guaraníes"; *Serie: El Planeamiento en la Argentina/n°3; Ficha n° 14 del Taller*; Taller vertical Meda Altamirano Yantorno; Facultad de Arquitectura y Urbanismo; UNLP. PP 1-11

VIÑUALES, G. M. (2007). "Misiones jesuíticas de guaraníes (Argentina, Paraguay, Brasil)"; *Apuntes: Revista de estudios sobre patrimonio cultural- Journal of Cultural Heritage Studies*; vol. 20, núm. 1; pp. 108-125.